

tivamente acudir al auxilio de Finck, y aun hoy no ha podido comprender nadie por qué no mandó el día 18, cuando todavía era tiempo, el cuerpo de Hülsen al través del bosque de Tharandt á Dippoldiswalde en lugar de mandarlo el día 20 cuando ya era demasiado tarde; pero cualquiera que fuese el plan que tuviera, siempre era una temeridad sin ejemplo enviar una division suelta de 13,500 hombres al través del camino de retirada de todo el ejército austriaco para penetrar luego por en medio de sus columnas tan superiores en número é igualmente por en medio del ejército federal mucho mas numeroso. Para esperar que saliera bien semejante operacion, era menester que Federico considerara al general Daun rematadamente incapaz. De todos modos, segun confiesan los mismos austriacos, y segun las palabras de Choiseul, que escribió respecto de la marcha de Finck: «Es la mas audaz que se puede imaginar.... parece que todo el mundo ha perdido la cabeza en el ejército.... aquí esperan todos el abandono de la Sajonia;» de todos modos, decimos, es lo cierto que Daun quedó tan consternado al saber este movimiento atrevido que amenazaba cortar la retirada, que estuvo á punto de abandonar su posicion inexpugnable en los barrancos de Plauen para refugiarse á todo correr en el territorio de Bohemia, y si no lo hizo, fué solo por las reflexiones de Lacy, que le recordó en términos enérgicos el grandísimo disgusto que había provocado ya en Austria su estrategia de inactividad y de retiradas. Por las comunicaciones de Finck, que los austriacos interceptaron, quedó Daun perfectamente enterado de la posicion y de las intenciones del general prusiano, y pudo formar el plan de atacar á la pequeña division á la vez por tres lados con fuerzas infinitamente superiores y hacerla prisionera ó aniquilarla hasta el último hombre. Este triple ataque quedó preparado con toda felicidad el día 19 de noviembre y ejecutado el 20. Por la parte de Levante atacó el príncipe Stolberg con tropas federales; desde el lado Norte el general Brentano y por el Sur la division del general O'Donnell conducida personalmente por Daun. El general Wunsch rechazó con calma impertérrita las tropas federales; tambien encontró al principio enérgica resistencia la caballería ligera de Brentano; pero los granaderos del grueso de las tropas de ataque que Daun condujo bajo la proteccion de una artillería poderosa contra Maxen pasando por Reinhardtsgrima y Hausdorf arrollaron con su ímpetu á los batallones prusianos uno tras otro y penetraron en Maxen. Despues, cuando la caballería de Finck quedó á su vez dispersada por la artillería enemiga, púsose Brentano en contacto con el ala izquierda de Daun y juntos se echaron en un último ataque sobre el resto de los prusianos que, habiendo perdido casi todos sus cañones y concluido sus municiones, tuvieron que refugiarse al caer la noche en las alturas que están detrás de Falkenhain y Bloschwitz. Rodeado allí Finck completamente por el enemigo contó los soldados que le habían quedado, resultando 2,836 hombres de infantería que habrían muerto ametrallados hasta el último si hubiesen querido resistir en una lucha tan desesperada.

Finck capituló pues, y Daun aceptó su proposicion; en la madrugada del 21 de noviembre la division prusiana entregó las armas; y el general Wunsch que no había firmado la capitulacion pero que estaba incluido en ella, fué hecho prisionero al intentar abrirse paso por medio del enemigo. La batalla del 20 y la capitulacion del 21 de noviembre costaron á Federico el Grande 9 generales, 540 oficiales, 12,000 soldados, 71 piezas de artillería y 120 banderas é insignias de guerra, cosa jamás vista en la historia de su ejército, y muy propia para conmovir el alma del rey hasta lo mas profundo. Sin embargo, ninguna de las esperanzas que se abrigaron

en Viena como consecuencia de este suceso se cumplió; los dos ejércitos continuaron donde estaban como si nada hubiese ocurrido. Lo único que consiguieron los austriacos en esta sangrienta campaña fué la continuacion de su permanencia en Dresde.

Para sus aliados los franceses, fué el día de la batalla de Maxen doblemente infausto; porque en el mismo día el almirante inglés Hawke destruyó completamente la escuadra francesa cerca de Quiberon, cuando el marqués de Conflans la sacó del puerto de Brest para ir á conquistar la Inglaterra.

En la noche del mismo día entregó el general francés Gayon al general Imhof la ciudad de Munster que había defendido hasta el último extremo, quedando el príncipe Fernando otra vez dueño de toda la Vestfalia.

IX.—LIEGNITZ Y TORGAU

La campaña del año 1760 fué precedida de dos actos diplomáticos cuyo éxito inmediato fué insignificante, pero que son notables porque reflejan la reaccion que los sucesos produjeron en el ánimo de las diferentes cortes. El móvil del uno fueron las instancias apremiantes del duque de Choiseul para arreglar con Inglaterra una paz separada, y la causa del otro fueron el deseo de la Rusia de incorporar definitivamente á sus Estados la Prusia Oriental que tenia ocupada y el empeño del Austria en asegurarse de nuevo el auxilio armado de la Rusia.

La Francia, derrotada por mar y por tierra, aquende y allende el Océano, en el lejano Oriente y en el Occidente, pagó con innumerables sacrificios y victimas las faltas de su política, incapaz para hacer la guerra como para conservar la paz, é impotente para dominar las dificultades interiores.

En el mes de setiembre de 1759 el célebre ministro de hacienda, Silhouette, presentó una memoria al rey, en la cual estaba demostrado que los gastos de aquel año habían ascendido á 503.847,141 libras (francos) y los ingresos á 286.547,037 libras, quedando de consiguiente un déficit, solo en aquel año, de 217.300,104 libras; suma que se elevó en la primera mitad del año siguiente á 300 millones con atenciones extraordinarias é imprevistas. Para cubrir tan enormes sumas y proveer á los gastos de los años siguientes de guerra por medio de un aumento de 217 millones anuales en los ingresos propuso el ministro, en lugar de nuevos empréstitos, que no habrían hecho mas que empeorar el mal, nuevos manantiales de ingresos extraordinarios pero permanentes. Entre estos arbitrios figuraba en primer lugar un impuesto directo con el nombre de *subvencion* sobre toda propiedad mueble é inmueble, principalmente sobre la primera que con los continuos empréstitos del gobierno había crecido considerablemente (1), y que hasta entonces había quedado exenta de todo impuesto. Venian luego un número de impuestos sobre objetos de lujo, como caballos, coches, criados de librea y otra servidumbre, géneros de terciopelo y de seda, etc., sin olvidar una capitacion triple impuesta á los solteros (2).

En este sentido estaban redactados los edictos de hacienda que el gobierno presentó al parlamento de Paris para su inscripcion. Pero encontraron una resistencia tan furibunda,

(1) El autor entiende por propiedad mueble solo el capital en metálico de los prestamistas del gobierno. (N. del T.)

(2) Esta memoria que se supone escrita por el célebre escritor hacendista Veron de Torbonnais, jefe del despacho de hacienda, se encuentra en la obra francesa: *M. de Silhouette* por PIERRE CLEMENT-ALFRED LEMOINE, pág. 119 hasta 148.

que el rey se espantó y el ministro desesperado no supo hacer otra cosa sino suspender todos los pagos en 21 de octubre con excepcion de las rentas. Con esta bancarota del Estado quitóse el tesoro de encima por el momento 189 millones de pagos vencidos; pero la tempestad que desencadenó este acto brutal en toda la clase poseedora de la nacion en medio de la ruina súbita de innumerables familias, obligó al rey á destituir en 21 de noviembre á Silhouette, y nombrar para sucederle al teniente de policía Bertin que acudió otra vez á las deudas creando rentas vitalicias y haciéndose pagar adelantos por los arrendadores generales de impuestos. Con esto recargó á las clases pobres, que sufrían y callaban, con nuevos impuestos que el parlamento estaba siempre dispuesto á confirmar tratándose de aquellas clases infelices.

Todos estos recursos sin embargo solo curaban el mal del día. El medio mas seguro de salir de este atolladero penosísimo hubiera sido la paz que habría aliviado al país de un solo golpe con una disminucion de gastos anuales de 200 millones, sin mas trabajo que separarse de una guerra que desde el primer día había sido una demencia, y cuya continuacion era un crimen cada día mayor.

Las catástrofes sufridas por el rey de Prusia en Kunersdorf y Maxen no podían consolar al duque de Choiseul de sus propias derrotas en Quiberon, Quebec y Minden. Muy al contrario, le aquejaba el vivo recelo de que el éxito final de la guerra fuera favorable á Federico el Grande. En 24 de diciembre escribió á Ossun, embajador francés en Madrid: «Sabemos que la corte de Viena no tiene mas objeto, mas pensamiento ni mas pasion que el aniquilamiento del rey de Prusia. Estamos convencidos de que cuando esté aniquilado el rey de Prusia y concluida la guerra, Austria renovará su alianza con la Inglaterra y usará un lenguaje que no ha de gustarnos ni á nosotros ni á España. Considerando todo esto, estamos tambien perfectamente persuadidos de que el rey de Prusia se ha hundido lo bastante y no está en nuestro interés dejarle sucumbir del todo.» Estas reflexiones eran acertadísimas, pero llegaban tarde. Segun hemos indicado varias veces, deberían haber apartado la Francia desde un principio de toda alianza contra la Prusia; cuando menos, el gobierno francés no debería haber renovado la prohibicion mutua estipulada en su último tratado de alianza de hacer la paz por separado. El ministro que había aceptado el artículo 13 del tratado del 30 de diciembre había encadenado á la diplomacia francesa, que ya no podía proceder á su voluntad sin faltar á lo pactado. Solo le quedaba la esperanza de una paz general, pero esta se estrellaba contra la resistencia del Austria y de la Rusia; mientras la de una paz separada con Inglaterra con exclusion de la Prusia, había sido destruida por la actitud previsora y digna de Pitt. Federico el Grande le envió á decir que no había conocido desde que era rey un hombre de Estado de tan eminentes cualidades y que admiraba la vista de águila con que había descubierto desde el primer instante el lazo que el gobierno francés tendía á la Inglaterra con su tentativa de paz.

La Francia pues á pesar de la mediacion de España que Choiseul había invocado, quedó encadenada á una guerra, contra cuya continuacion clamaban al cielo sus intereses mas caros y esto en el momento en que un nuevo tratado con la Rusia daba á esta guerra un aspecto mucho mas amenazador.

Los ministros rusos Woronzoff y Schuwaloff habían estrechado y angustiado tanto al embajador austriaco, conde de Esterhazy, con la declaracion terminante de que la Rusia no entraría en un plan comun de operaciones para la campaña de 1760 sin quedar antes asegurada por un solemne tratado la indemnizacion que había de recibir consistente en la ad-

quisicion definitiva de la Prusia Oriental, que Esterhazy firmó en 21 de marzo (1.º de abril) un tratado en este sentido sin autorizacion y hasta sin conocimiento de la corte de Viena. Sin embargo María Teresa lo ratificó aunque con gran pesar, porque el auxilio ruso le pareció indispensable. Si este tratado hubiese llegado á cumplirse habría perdido la Prusia además de la Silesia y del condado de Glatz tambien una provincia cuya posesion habría hecho á la Rusia señora del mar Báltico; y Polonia, Dinamarca, Suecia, y toda la Alemania del Norte habrían quedado sin remedio bajo la influencia rusa. Para comprender la importancia que semejante cambio tenia para la política europea de Francia no se necesitaba tener los conocimientos diplomáticos ni la prevision de Choiseul; pero á este le pasó lo mismo que á Bernis; tuvo que hacer lo que no quería, y dejar hacer lo que interiormente desaprobaba. Así fué que no objetó nada á las razones que Starhemberg hizo valer en favor del tratado, y solo reservó para la Francia el derecho de no tomar parte en él. María Teresa puesta de acuerdo con la corte francesa, exigió del gobierno ruso que el pacto respecto de la Prusia Oriental se eliminara del tratado principal y se añadiera á este un artículo secreto y adicional, redactado como en efecto se redactó, en el sentido de que la adquisicion de la citada provincia por la Rusia fuera declarada expresamente dependiente de la adquisicion previa de la Silesia y de Glatz por el Austria; que si esta potencia no lograba su deseo, tampoco podría realizar la Rusia el suyo ó por lo menos cesaria la garantía del Austria respecto de este punto. Ambas adquisiciones no figuraban en el tratado como condicion previa de la paz, sino simplemente como el fin al cual debían dirigir las cortes sus esfuerzos militares y diplomáticos. En el interés de la Francia estaba que estos deseos de la Rusia y del Austria no se cumplieran; y el ardor bélico de los rusos y austriacos era tan conocido en Francia como la perseverancia férrea y la energía inagotable con que su adversario se reponía y levantaba de sus derrotas.

Federico el Grande por su parte pasó este invierno mas desanimado que había estado en ninguno de los anteriores, esperando la reapertura de las operaciones de guerra. El golpe de Maxen le había costado los cuadros de 18 batallones y de 6 regimientos de caballería. Los labradores sajones alistados á la fuerza en las filas prusianas, los desertores del enemigo y los oficiales que fué preciso tomar tales como se presentaron, no podían reemplazar á las tropas veteranas perdidas. Un ejército constituido con estos recursos era solo una sombra del anterior; y al mismo tiempo la prudencia obligaba á economizar rigurosamente las divisiones que habían hecho la jornada de Kunersdorf y que con sorprendente rapidez se habían repuesto. Con mayor razon que el año antecedente debió renunciar en este á toda empresa atrevida, y por mucho que le repugnara hubo de concretarse á la guerra «cerrada (1),» renunciando á derrochar como antes la vida y sangre de sus soldados. Sus tropas de campaña disponibles apenas sumaban 90,000 hombres, mientras solo los austriacos tenían 120,000 hombres divididos en dos ejércitos en campaña, aguardando además por lo menos 60,000 rusos. Por fortuna y grande para Federico, sus enemigos no supieron hacer uso de su gran superioridad numérica. A pesar de sus negociaciones, continuadas durante muchos meses, apenas llegaron á proceder de comun acuerdo, y las ventajas que lograba un general austriaco hábil y activo se neutralizaban por la incapacidad é indolencia de otro. Mientras el feldmariscal Daun se limitaba á estar en observacion con sus 70,000 hombres en los alrededores de

(1) *Guerre serrée*. Œuvres V, 44.